



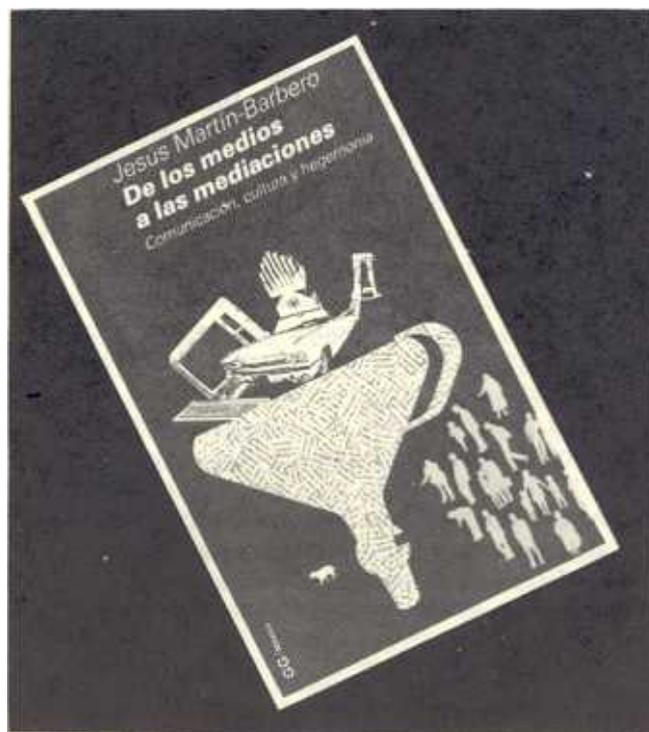
La investigación en formación universitaria en comunicación se han caracterizado en América Latina, prácticamente desde sus orígenes, por la inconsistencia, por una permanente tensión entre modelos importados de los países industrializados y desafíos urgentes de prácticas sociales y culturales contradictorias y fuertemente marcadas en lo político. La búsqueda constante de respuestas ha desembocado muchas veces en la simple superposición de “modas” teóricas; en la reducción del pensamiento crítico a los dogmáticos recetarios —de cualquier signo— que ofrecen cómoda seguridad a quienes renuncian a la apropiación del desarrollo intelectual, a costa del reforzamiento de la dependencia; en la incompreensión de la *hegemonía* que opera, así, inexorablemente. Pero sin duda el pensamiento y la práctica latinoamericanos han producido también aportes fundamentales para comprender la comunicación desde *nuestra* cultura:

Esa es la apuesta y el objetivo de este libro: cambiar el lugar de las preguntas, para hacer investigables los procesos de constitución de lo masivo por fuera del chantaje culturalista que los convierte inevitablemente en procesos de degradación cultural. Y para ello investigarlos desde las mediaciones y los sujetos, esto es, desde la articulación entre prácticas de comunicación y movimientos sociales. De ahí sus tres partes —la situación, los procesos, el debate y su colocación invertida: pues siendo el lugar de partida, *la situación latinoamericana* resultará en la exposición sólo lugar de llegada. Aunque espero que las señales dejadas a lo largo del recorrido activen la complicidad del lector y permitan durante la travesía reconocerla. (p. 11).

Este párrafo condensa dos de las claves esenciales para el proceso de lectura expuesto: el autor explicita su intención de operar un desplazamiento fundamental: no se trata de proponer un nuevo *tratado* sobre un objeto definido, sino de cuestionar la pertinencia misma de la definición, según la fórmula que más adelante desarrolla: “perder el objeto para ganar el proceso”. Partir de las mediaciones y de los sujetos es adoptar la dinámica histórica —y no por ejemplo la racionalidad sistémica de la tecnología o las estructuras— para abordar el estudio de los procesos culturales que articulan prácticas de comunicación con movimientos sociales. Más que las “respuestas” sólidas y precisas sobre esto que cabría esperar de un tratado, el libro expone dudas y sospechas, intuiciones y preguntas sugerentes e interesadas, explícitamente, en suscitar la “complicidad” del lector alrededor de un en-

foque organizador y generador de acciones. La segunda clave está en el modelo articular propuesto y su aplicación al propio proceso de lectura: el libro se presenta como un producto subjetivo y, más que como un medio, como elemento instrumental de mediación entre sujetos, prácticas y proyectos de transformación. En ese sentido, el “mapa nocturno para explorar el nuevo campo” trazado en las últimas páginas, condensa el sentido del trabajo realizado y del esfuerzo exigido, de la historia reconocida y del futuro buscado, como proceso de cultura *vivido* en común.

La obra está organizada en tres partes, cada una de las cuales comprende un “campo” en sí mismo y se desarrolla bajo un tratamiento específico, pero sin perder los “ejes” de articulación que las hacen pertinentes y necesarias entre sí. La primera parte lleva por título “Pueblo y masa en la cultura: los hitos del debate” y comprende cuatro capítulos: “Afirmación y negación del pueblo como sujeto”, “Ni pueblo ni clase: la sociedad de masas”, “Industria cultural: capitalismo y legitimación” y “Redescubriendo al pueblo: la cultura como espacio de hegemonía”. El mismo Jesús Martín confiesa sus dificultades



“LA CULTURA ES LA ACCION Y EL EFECTO DE “CULTIVAR” SIMBOLICAMENTE LA NATURALEZA INTERIOR Y EXTERIOR A LA ESPECIE HUMANA, HACIENDOLA FRUCTIFICAR EN COMPLEJOS SISTEMAS DE SIGNOS QUE ORGANIZAN, MODELAN Y CONFIEREN SENTIDO A LA TOTALIDAD DE LAS PRACTICAS SOCIALES”.

(Gilberto Giménez)

para articular un discurso que, siendo reflexión filosófica e histórica, no se distancie demasiado ni suene exterior a la problemática y la experiencia que se trata de iluminar. Y a ratos, la sensación doblemente insatisfactoria de haber quedado a medio camino entre aquéllas y éstas. Además del innegable sabor a ajuste de cuentas que conservan ciertas páginas. (p. 11).

La dificultad experimentada en la escritura no es necesariamente la misma cuando la operación efectuada es la lectura, si bien es cierto que “hay conceptos cargados en tal modo de opacidad y ambigüedad que sólo su *puesta en historia* puede permitirnos saber de qué estamos hablando más allá de lo que creemos estar diciendo” (p. 13). Pero la propia “puesta en historia”, así sea a través de una “lectura transversal”, puede fácilmente desconcertar y desviar la constitución del interlocutor hacia elementos de las *concepciones* en debate revisadas. La tensión, entonces, se establece entre la manifiesta erudición y la profundidad de la crítica que ofrece el autor, por un lado, y el desconocimiento o en todo caso diversa interpretación de las obras referidas, por los lectores. Por ejemplo, la versión de las disparidades entre las aportaciones de Benjamin y Adorno al análisis crítico de la cultura (p. 48-63), implica serias relecturas de toda la Escuela de Frankfurt para poderse asimilar congruentemente a la “puesta en historia” pretendida. Finalmente, la recuperación de Gramsci, Williams, Bourdieu y Certeau para al mismo tiempo dar cuenta del estado más actual del debate sobre la cultura y sentar las bases para adelantar las propuestas propias, remite a la *hegemonía* como concepto clave para pensar las mediaciones socio-culturales de la comunicación.

La segunda parte aborda las “Matrices históricas de la massmediación”, incorporando algunos desarrollos que ya había hecho circular Martín Barbero en artículos y ponencias muy citados. Ahora las propuestas cobran más sentido en el conjunto, donde se aclaran y complementan unas a otras. Los tres capítulos de esta parte intermedia llevan por títulos: “El largo proceso de enculturación”, “Del folklore a lo popular” y “De las masas a la masa” y trazan una historia de lo masivo “ligada al largo y lento proceso de gestación del mercado, el Estado y la cultura nacionales, y a los dispositivos que en ese proceso hicieron entrar a la memoria popular en complicidad con el imaginario de masa” (p. 95). Aquí es donde el concepto de hegemonía es ampliamente explotado por el autor como base de su pensamiento teórico, y de las propuestas de investigación que plantea más adelante.

Pensar la industria cultural, la cultura de masa, desde la hegemonía implica una doble ruptura: con el positivismo tecnólogo, que reduce la comunicación a un *problema de medios*,

y con el etnocentrismo culturalista que asimila la cultura de masa al problema de la *degradación de la cultura*. Esa doble ruptura reubica los problemas en el espacio de las relaciones entre prácticas culturales y movimientos sociales, esto es, en el espacio *histórico* de los desplazamientos de la legitimidad social que conducen de la imposición de la sumisión a la búsqueda del consenso. (p. 95).

La preocupación por entender la eficacia del melodrama entre los más amplios sectores sociales lleva a Martín Barbero a explorar en la historia, y en ciertas teorías, en búsqueda “no de lo que sobrevive de otro tiempo, sino de lo que *en el hoy* hace que ciertas matrices culturales sigan teniendo vigencia, lo que hace que una narrativa *anacrónica* conecte con la vida de la gente” (p. 11). Es particularmente interesante el análisis de los procesos y prácticas de comunicación a que da lugar el folletín. El planteamiento teórico, ubicable en una especie de “socio-semiótica”, es sintetizado así por Martín Barbero:

Se busca analizar el proceso de escritura en cuanto proceso de *enunciación en un medio*, que no tiene la estructura cerrada del libro, sino la abierta del periódico o la entrega semanal, que a su vez implica un *modo de escribir* marcado por la doble anterioridad de la periodicidad y la presión salarial, y que remite (responde) a un *modo de lectura* que rompe el aislamiento y la distancia del escritor y lo sitúa en el espacio de una interpelación permanente de parte de los lectores. (p. 138-139).

El concepto de “mediación” va adquiriendo mayor potencia heurística conforme se avanza en el libro, sobre todo cuando se le contrapone al estudio de medios. De que es un concepto con muchos niveles de significación, y de aplicación analítica por tanto, no cabe duda, aunque no siempre es fácil precisar la acepción de que se trata en el texto, del nivel al que se aplica. Es necesario ir entresacando citas y encontrando las ideas clave, que aunque a veces “escondidas”, están claramente expresadas:

Estamos *situando* los medios en el ámbito de las mediaciones, esto es, en un proceso de transformación cultural que no arranca ni dimana de ellos pero en el que a partir de un momento —los años veinte— ellos van a tener un papel importante. Y es evidente hoy que esa importancia se halla también históricamente determinada por el poder que en la escena mundial adquiere Estados Unidos en esos años, justo el país en que los medios van a lograr su mayor desarrollo. De manera que si no puede hablarse de cultura de masa sino cuando su producción toma la forma, al menos tendencial, del mercado mundial, ello se hace posible sólo cuando la economía norteamericana, *articulando* la libertad de información a la libertad de empresa y de comercio, se dió a sí misma una vocación imperial. Sólo entonces “el estilo de vida norteamericano” pudo erigirse en paradigma de una cultura que aparecía como sinónimo de progreso y modernidad. (p. 154).



La tercera y última parte concentra los ejes temáticos desarrollados en las dos primeras y enfoca los problemas y propuestas de investigación que, sin las ciento cincuenta páginas anteriores sostendrían sólidamente su pertinencia, pero que con ellas adquieren un peso mucho mayor. El título general es “Modernidad y massmediación en América Latina” y “busca integrar la reflexión: América Latina como espacio a la vez de debate y combate” (p. 163). El primer capítulo se dedica a “Los procesos: de lo nacionalismos a las transnacionales” y el segundo a “Los métodos: de los medios a las mediaciones”.

El problema de la modernidad de América Latina es abordado por Martín Barbero desde una contradicción: “tiempo del desarrollo atravesado por el destiempo de la diferencia y la discontinuidad cultural” (p. 163). La discontinuidad (modernidad no contemporánea) se explica sobre tres planos:

en el *destiempo* entre Estado y Nación —algunos estados se hacen naciones mucho después y algunas naciones tardarán en consolidarse como estados—, en el *modo desviado* como las clases populares se incorporan al sistema político y al proceso de formación de los estados nacionales —más como fruto de una crisis general del sistema que las enfrenta al Estado que por el desarrollo autónomo de sus organizaciones—, y en el papel *político* y no sólo ideológico que los medios de comunicación desempeñan en la nacionalización de las masas populares (p. 165).

La hipótesis es enormemente sugerente y guarda congruencia con los planteamientos anteriores, mas generales. Sin embargo, en los casos específicos empleados para sustentarla pueden encontrarse generalizaciones o interpretaciones quizá demasiado aventuradas, como en el papel que Martín Barbero (siguiendo a Monsiváis) asigna al cine mexicano: “poner imagen y voz a la identidad nacional”. Habría que averiguar cómo se leen los demás ejemplos: el radioteatro en Argentina, la música negra en Brasil, la prensa popular masiva en Chile. Y quizá el tratamiento del “desarrollismo y transnacionalización” con que concluye el capítulo sea demasiado general y breve.

Finalmente, el capítulo sobre los métodos, que da título al libro entero, y en el que indudablemente se condensa el interés y la atención polémica de los estudiosos de la comunicación, hace gala de sutiles precisiones y de posturas categóricas:

El sentido de los desplazamientos teóricos y metodológicos que indica el título está ya *contenido* en el análisis de los procesos que acabamos de exponer. Se hace necesario sin embargo abordarlos *en forma*, explicitarlos, desplegar el movimiento que disolviendo pseudo-objetos teóricos y estallando inercias ideológicas se abre paso estos últimos años en América Latina: investigar los procesos de constitución de lo masivo desde las transformaciones en las culturas subalternas. Cargada tanto por los procesos de transnacionalización como por la emergencia de sujetos sociales e identidades culturales nuevas, *la comunicación* se está convirtiendo en un espacio estratégico desde el que pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan estas sociedades encrucijada, a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva. De ahí que el eje del debate se desplace de los medios a las mediaciones, esto es, a las articulaciones entre prácticas de comunicación y movimientos sociales, a las diferentes temporalidades y la pluralidad de matrices culturales (p. 203).

La lectura que encuentra sutiles precisiones y posturas categóricas no logra, después de varios repasos e intentos de elucidación, asimilar, por ejemplo, las implicaciones metodológicas de la relación entre dialéctica y mestizaje:

un lenguaje que busca decir la imbricación en la economía de la producción simbólica y de la política en la cultura sin quedarse en operación dialéctica pues mestiza saberes y sentires, seducciones y resistencias que la dialéctica desconoce. Es como mestizaje y no como *superación* —continuidades en la discontinuidad, conciliaciones entre ritmos que se excluyen— como se están haciendo pensables las formas y sentidos que adquiere la vigencia cultural de las diferentes identidades: lo indígena en lo rural, lo rural en lo urbano, el folklore en lo popular y lo popular en lo masivo. No para ahorrarnos las contradicciones sino para sacarlas del esquema y mirarlas haciéndose y deshaciéndose: brechas en la situación y situaciones de brecha. (p. 204-205).

Sin embargo, quedan claros los planteamientos referentes a “la imposible pureza de lo indígena” y “la revoltura de pueblo y masa en lo urbano”, que dan cuerpo a la misma argumentación sobre los mestizajes “de que estamos hechos”. Sigue de ahí la descripción, quizá otra vez generalizante en exceso pero muy acertada en el contexto, de la crisis en los estudios de comunicación en Latinoamérica. La revisión de los trayectos, adopciones, entrecruzamientos, rupturas y usos de los paradigmas informacional e ideologista y del debate sobre las relaciones entre política y cultura entre los investigadores de la comunicación pueden ser contrastadas con otras versiones y discutidas en detalles, pero es difícil no estar de acuerdo con la conclusión:

Se abre así el debate a un horizonte de problemas nuevo en el que lo redefinido es tanto el sentido de la cultura como el de la política, y en el que la problemática de la comunicación entra no solamente a título temático y cuantitativo —los enormes intereses económicos que mueven las empresas de comunicación—, sino cualitativo: en la redefinición de la cultura es clave *la comprensión de su naturaleza comunicativa*. Esto es, su carácter de proceso productor de significaciones y no de mera circulación de informaciones y por tanto, en el que el receptor no es un mero decodificador de lo que en el mensaje puso el emisor, sino un productor también. Es en el cruce de esas dos líneas de renovación —la que viene de inscribir la cuestión cultural al interior de lo político y la comunicación en la cultura— donde aparece en todo su espesor el desafío que representa la industria cultural (p. 228).

La densidad del contenido, tanto en el plano de las ideas que se van eslabonando como en el de las que van quedando implicadas, aumenta en este libro conforme se acercan las últimas páginas. Van quedando descalificadas críticamente tantas certezas conceptuales previamente sostenidas, redefinidas y reformuladas tantas otras, que esta inscripción propuesta de la cultura en lo político y de la comunicación en la cultura, y de todo esto en la historia latinoamericana *viva*, exige necesariamente, como lo explica Martín Barbero, “aceptar que los tiempos no están para la síntesis” y que tenemos que “avanzar a tientas, sin mapa o con sólo un mapa *nocturno*”:

Un mapa para indagar no otras cosas, sino la dominación, la producción y el trabajo, pero desde el otro lado: el de las brechas, el consumo y el placer. Un mapa no para la fuga, sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos (p. 229).

Y como el libro no es ni un tratado ni mucho menos un manual, no finaliza con el discurso más abstracto, la predicación de un nuevo “catecismo” o alguna clase de recetario simplificador, sino con la concreción de las pautas que sobre cotidianidad, televisión y melodrama están orientando las investigaciones más recientes del autor, de manera que en ellas se pueda constatar y corregir lo que en este libro son reflexiones y propuestas hipotéticas.

Al principio de esta *recensión*, de este texto parte de un *proceso de lectura*, que responde a la intención de “seguir buscando y compartiendo”, se señalaba la importancia que está siendo asignada al libro entre quienes estudian la comunicación y la cultura en América Latina. No es para menos, dado el lugar que se ha ganado con su trabajo de décadas Jesús Martín y los méritos excepcionales de éste que es apenas su segundo libro (el primero se publicó hace diez años). Pero el sentido del señalamiento no es sólo de respetuoso reconocimiento, sino de advertencia: es un rasgo generalizado de la cultura académica latinoamericana la adopción, *sin discusión*, de las “últimas novedades” puestas en circulación, sobre todo si provienen de autores prestigiados, cuyas propuestas, por ello, tienden a convertirse, —por un tiempo, mientras llega la siguiente “solución”—, en verdades *míticas*, es decir, tan incuestionables como reduccionistas. Seguramente Jesús Martín es el primer interesado en que su libro sea sometido a lecturas críticas y suscite discusiones, no más mitos que los muchos que ya entorpecen el de por sí difícil proceso de pensar la comunicación desde la cultura.



“LO CULTURAL COMO CONJUNTO DE ESQUEMAS INTERPRETATIVOS DESCONECTADOS DE LA PRACTICA SOCIAL. LO CULTURAL COMO SUPERESTRUCTURA INOFENSIVA, SECUNDARIA Y DERIVADA. ES PRECISAMENTE LO CULTURAL VISTO E INSITUTIDO POR EL CAPITALISMO”.

(J.P. Willaine)